

CIELO

ENIA RUIZ DE CASTROVIEJO ÁLVAREZ



 SAMARCANDA

Hemos venido a este mundo
para amar y ser amados.

Anónimo.

*No estoy solo, hay personas muy especiales
que me acompañan en este camino de la vida
y esas personas me quieren tal y como soy.*

*No estoy solo, el lugar en el que vivo me acompaña
en este camino de la vida y ese lugar está compuesto
de naturaleza, de océanos, de montañas, de aire.*

*No estoy solo, estoy rodeado de recuerdos maravillosos
que me acompañan en este camino de la vida y
esos recuerdos pertenecen a mi historia de vida.*

*No estoy solo, estoy rodeado de personas
desconocidas que me acompañarán en este
camino de la vida y esas personas formarán
parte de un futuro lleno de oportunidades.*

*No estoy solo, estoy rodeado de amor
incondicional, de colores, de sabores, de sueños
por cumplir, de risas, de planes, de presente.*

*No estoy solo, hay alguien muy especial que me
acompaña en este camino de la vida, y ese alguien soy yo.*

Enia Ruiz de Castroviejo Álvarez

Prólogo

Decía Holden Caulfield, el protagonista de *El Guardián entre el centeno*, de J.D.Salinger, que le encantaría ser muy amigo de los autores de los libros que le gustan de verdad para poder llamarlos por teléfono en cualquier momento. Yo he cumplido el sueño de Holden: terminé de leer esta novela y pude hablar con Enia para decirle que *Cielo* me parecía una historia redonda.

Es el libro que todos andamos buscando. Una vez que empieces, no querrás soltarlo, pero tampoco llegar al final. Esto es lo mejor que le puede pasar a las historias. Que te enganches a la trama; a sus personajes: que los quieras o no, que empatices o no, que compartas o disciernas de su visión, que te hagan reír o llorar; y que tengas miedo a que terminen. Ya sabes que luego sólo quedará el vacío de la última página. Cerrar el libro es despedirte de la intensidad de lo vivido.

Enia maneja los sentimientos a la perfección —seguramente su deformación profesional y su sensibilidad juegan a su favor—. No tiene miedo a adentrarse en ellos y sacarlos a la luz. Todos estos matices y texturas en los personajes y la trama son los que hacen que el viaje de Anna pueda reflejar la historia de cualquiera de nosotros.

Cielo comienza en un Budapest gris, en sentido literal y figurado; las Islas Baleares como zona de luz y aire; y ella en el centro de todo, siempre buscando el equilibrio. Este triángulo está presente en toda su vida. En la vida de todos nosotros. No es casualidad que sea una de las figuras geométricas más antiguas de la historia, y que haya tomado distintos significados en función de la cultura y del paso del tiempo. Anna lidia con el pasado, el presente y el futuro. También con la triangulación pensamiento, sentimiento y emoción. O aferrándose a esa fuerza que suponen la conexión cielo, tierra y ser humano.

Para los griegos, el triángulo representaba una puerta hacia la sabiduría. Sólo tienes que adentrarte en el libro para saber que para Anna esta figura representa esa puerta en varios momentos de su vida, precisamente en las situaciones en las que necesitaba una salida, una liberación. Este triángulo, compuesto como hemos visto de vértices muchas veces contrapuestos, para ella es luz.

Cielo es un intenso viaje por la vida de Anna, que te agarra la mano desde el principio para que no la sueltes hasta el final, su final. Un final sorprendente, vitalista y luminoso que ayuda a enmarcar ese triángulo en el que nos movemos constantemente con un círculo perfecto, que representa la eternidad. La eternidad de Cielo.

Amparo Baca Páez, periodista.

Capítulo 1. Elótt

La vida ante tus ojos...

El día lucía radiante. Un baño de luz empapaba la ciudad hasta hacer desaparecer la tristeza de sus habitantes. Un día más entre tantos otros. Un día en el que era difícil dejarse llevar por las preocupaciones del momento ante tanta claridad. Preocupaciones ingravidas, agazapadas, mudas, como simples fotos veladas.

El cielo de España es distinto al de Hungría, y esa era una de las razones por las que no volvía. En los inviernos de mi infancia salíamos al patio del colegio, cual reptiles desesperados, cada vez que aparecía un rayo de sol para nutrirnos de vitamina D. Las maestras lo adoptaron como práctica habitual y a mí me encantaba aquel gesto. En contadas ocasiones se asomaba el sol entre las nubes. Siempre custodiado por el frío y el agua. Siempre tímido.

La primera vez que vi el cielo de España bajaba del avión que me llevó hasta mi segundo hogar. Pensé que se trataba de un espejismo temporal, que se desintegraría en cuestión de segundos frente a mis ojos. Me quedé en blanco, con la boca abierta y la mirada ausente durante un buen rato. No daba crédito a lo que veía. La vista se me perdió en un firmamento tan limpio y claro

que parecía no terminar. Me resultó inquietante, novedoso, insólito, aunque es fácil acostumbrarse a vivir en azul.

Algunos sábados, cuando las guardias me lo permitían, salía a comprar pan, pescado fresco y lo que se terciara. Los húngaros comen carne con carne, y de postre, también carne. Al no haber mar a la vista no hay mucha costumbre de comer pescado, pero al tenerlo al alcance de mi mano me enamoré de su sabor. Me resultaba más fácil de digerir que la carne, y el gusto a mar conquistó mi paladar de inmediato. Del Danubio y del lago Balatón me consta que salen peces, pero no solían llegar a la mesa de cualquier familia, al menos, a la de mi casa, no.

En la plaza de abastos de mi barrio había una pescadería muy visitada, y aunque tenía que levantarme temprano para poder elegir género, me compensaba el esfuerzo. El estrés de la semana no me permitía salir de la rutina y, a veces, me gustaba comer algo especial, algo que no se pudiera comprar en un supermercado al uso y que no estuviera envuelto en un plástico. Algo terrenal o con aspecto de haber vivido.

En la calle la gente suele ir a lo suyo, y si alguien te para, es para colmarte de empalagosos cumplidos. Rara es la vez que se inicia una conversación con sustento. Nos limitamos a lanzar preguntas con respuestas cerradas, a esquivar las miradas, a escondernos detrás de gafas de sol, a fingir que tenemos prisa. Aunque los saludos suelen ser afables, están envueltos en un halo de compromiso que nos permite salir del paso para seguir nuestro camino. En general, nos comportamos así, y aquel día —elegido al azar— me encontré con Lucía en la cola de la pescadería, una conocida que no respondía a un perfil común. Se encontraba dos turnos por delante del mío y por más que recé para que no me viera, ocurrió. Al echar la vista atrás me localizó enseguida y, sin pensarlo mucho, cedió su turno para saludarme.

—Chica, no hay quien te vea, ¿dónde te metes?

—Donde siempre —esgrimí en una sonrisa que parecía cualquier cosa menos amigable mientras buscaba mi objetivo con la mirada.

—¿Sueles venir a esta pescadería? Me han hablado muy bien de ella.

—De vez en cuando —respondí de nuevo pensando que a partir de ese momento tenía que cambiar mis hábitos.

—Pues tiene mucha fama en el barrio.

—No tenía ni idea —mentí.

—¿Te has enterado de lo de Marta?

Marta era una amiga en común.

—Se ha separado.

—¿En serio? —respondí incrédula.

—Sí, hija. Si los cuarenta son disruptivos, los cincuenta hacen estragos.

—Si es bien para ella, me alegro.

—Qué va a ser bien para ella, si es el marido el que la ha dejado.

—Entonces es bien para ella.

—Con lo bien que vivía...

—No viviría tan bien cuando se han separado.

—Bueno, qué más da, el caso es que está destrozada.

—Será cuestión de tiempo, ya verás.

—Hija, a todo le encuentras una salida.

—No son salidas, piénsalo. Si su marido no la quería es lo mejor que le puede ocurrir.

—Viéndolo así, puede que tengas razón.

—Ha llegado tu turno —le indiqué sintiendo el más profundo de los alivios.

Lucía era una compañera de las clases de yoga a las que iba, una que me obligó a cambiar de día por no permitirme alcanzar el fundamento básico de la práctica: la unión del ser individual con el cosmos. Su presencia me conectaba con el momento presente

en exceso. El día que me tocaba a su lado me contaba su vida antes de empezar para seguir al acabar. No he conocido a nadie más ruidoso, aunque en el fondo, no creo que fuera mala persona. Sencillamente se le oía demasiado. Y no contenta con la brasa que me dio, continuó hablándome mientras pedía mi pescado. Todo el mundo estaba en silencio menos ella. El pescadero me miraba de forma compasiva. De buena gana le habría cambiado el puesto. Despellejar chipirones, cortar cabezas de rape o destripar cabrachos resultaba más interesante que escuchar sus tonterías. Cualquier movimiento automático sin mayor implicación que la de no equivocarse era mejor que aguantar a un papagayo. Aquel hombre me despachó diligentemente un par de lenguados, los mejillones de siempre para hacerlos al vapor y un puñado de camarones. «No puedo entretenerme más», le dije a Lucía sin más adornos, para dar media vuelta y seguir con mi vida.

Los sábados por la mañana siempre fueron uno de los mejores momentos de la semana. Me gustaba pasearme por el barrio y, en concreto, por la plaza de abastos. El factor sorpresa en la organización de los puestos despertaba mi entusiasmo. La forma en la que se ordenan los productos, el colorido y la turgencia de las piezas que se exponen, la frescura, la variedad de alimentos, el olor a mar, a campo y a comercio. Detalles que te conectan con la simpleza de la vida.

Siempre me han sorprendido los tenderos de las plazas de abastos. Suelen tener una picardía entrenada. Un buen tendero no espera a que le pidas, te vende lo que tiene en mente. Tienen la habilidad de darle salida a los productos más perecederos sin que te percales. La seguridad que transmiten a la hora de recomendarte algo deshace tus planes de inmediato. No importa lo que tienes previsto, ellos te hacen la compra. Cuando confías en alguno piensas que se preocupan por ti, por tu bolsillo, por tu nevera..., pero mi abuelo siempre me decía cuando era pequeña

que nunca me fiara, que me dejara llevar por mi propio instinto y necesidades. Siempre he creído ser una persona segura de mí misma, pero al carecer de las tablas que poseen las amas de casa que acuden a hacer sus compras a diario, salía cargando con algo no pensado.

Mi pasión por los mercados de abastos arrastraba del pasado. De pequeña solía visitar el mercado central de Budapest con mi abuelo, una de las pocas cosas agradables que me retrotraen a mi pasado. Aquello era un verdadero paraíso gastronómico y los días más transitados también eran los sábados. Ese mercado fue construido a finales del siglo XIX para almacenar comida. Durante esa época, la población sufría serios problemas sanitarios y era la mejor forma de mantener el estado de conservación de los alimentos. La estructura del edificio quedó gravemente dañada debido a los estragos de la Segunda Guerra Mundial y esa decadencia provocó su cierre en el año 1991. Arrasaron con todo lo que era racialmente inferior a ojos del Tercer Reich, y dentro de ese todo, se encontraba mi mercado favorito. Tres años después lo restauraron para volver a darle vida. Ahora tiene un aura de sacralidad que le da identidad a la ciudad. Representa continuidad y memoria. Solo tiene que llegar otra guerra y destruirlo de nuevo.

Mi abuelo conocía el mercado a la perfección. No había puesto que no tuviera localizado. Sus preferidos eran la frutería de Edina (nunca supe si por el tamaño de sus calabacines o por el de sus pechos); la de Éliás, por sus rábanos; la charcutería de su primo Demeter, porque siempre nos contaba algún que otro cotilleo familiar; la tienda de especias de Ilonka, por la variedad que ofrecía y la carnicería de Mariska y Fülöp.

Fülöp era sordomudo y su mujer era la que manejaba el negocio. Todavía recuerdo la destreza que tenía con el cuchillo. Te descuartizaba un pollo con el mismo tacto con el que bañas a un bebé. El ritual era siempre el mismo: afilaba el cuchillo, colo-

caba el cadáver del animal encima del frío mármol y lo acariciaba para ir fragmentando su cuerpo de forma metódica. No sabías si lo que tenía en la mano era un cuchillo o el arco de un violín. Me quedaba embobada mirando aquel juego de manos. Después de repasar cada una de las calles del recinto nos parábamos en la tasquita de Juliano para que mi abuelo se bebiera su copita de palinka. Siempre me pedía un *lángos* para compartirlo con él, la mejor masa frita rellena de queso que jamás he probado.

Mi abuelo siempre me hacía poner las botas de agua para, al salir del mercado, bajar hacia la margen del río Duna —(Danubio para los extranjeros)—con la iniciativa de coger alguna que otra rana. Ranas que nunca cogíamos. Ranas que nunca llegué a ver. Una iniciativa que nunca llegó a convertirse en realidad. Me montaba en su moto y, antes de volver a casa, hacíamos una parada. Siempre en el mismo lugar. Siempre envueltos en el mismo misterio. Al llegar al sitio elegido, aparcaba la moto, me abrochaba bien el abrigo y me cogía de la mano para bajar por un sendero fangoso y asfaltado que desembocaba en la orilla del Duna. «Este lugar debe ser especial para él porque nunca cambiamos», pensaba para mis adentros. El olor a humedad me transformaba los pulmones en branquias, pasaba algo similar a lo que ocurre cuando bebes agua después de masticar un chicle de menta. El aire llegaba hasta al último de mis alvéolos. La mayoría de las veces sucedía algo que me tenía intrigada: mi abuelo se daba un baño. No le importaba el frío que hiciera, tampoco la suciedad del agua. Permanecía un rato mirando a la nada, se quitaba la ropa, me pedía permiso con la mirada y se zambullía en silencio. Era como si quisiera conectar con algo. Al principio sufría al verlo, tenía miedo de que se lo llevara la corriente, pero cuando veía que sus brazos se movían de forma acompasada se me acomodaba el alma y el río se aquietaba. El zigzag de las pequeñas olas de río permitía que se proyectara la luz del sol en sus curvas y ese

efecto reflejaba sombras en la superficie. Los insectos que se veían a contraluz revoloteaban alrededor de su cuerpo y el silencio de la naturaleza en combinación con el chapotear del agua transmitían equilibrio, a pesar del misterio en el que nos veíamos envueltos. En ocasiones me visualizo en aquel lugar, de pie, en medio de un ritual difícil de entender, escuchando el chasquido del agua, envuelta en una perezosa bruma que me agudizaba la mente y bajo un cielo desde el que no cabía esperar nada. «No le cuentes a nadie lo que hemos hecho», me decía siempre al llegar a casa.

Años más tarde descubrí que en tiempos de la Segunda Guerra Mundial mataron a muchos judíos en Hungría, lo que explica que la Gran Sinagoga de Budapest sea la mayor de Europa y la segunda más grande del mundo. La familia de mi abuelo fue una de las familias judías que se mantuvo en Hungría hasta el último momento. Primero se deshicieron de cuatrocientos mil judíos húngaros de las provincias y alrededores de Budapest enviándolos a Auschwitz, donde más de la mitad fueron gaseados en cuanto entraron en el campo. Los judíos restantes fueron trasladados a un gueto, y al poco tiempo, las autoridades ordenaron que se mudaran a unos edificios llamados «Casas de la Estrella de David», distribuidos por toda la ciudad. En el año 1944 reunieron a más de setenta mil personas, entre ellos hombres, mujeres y niños, en la fábrica de ladrillos de Ujlaki, en Óbuda, y allí les obligaron a caminar hasta los campos de Austria. Los pocos que sobrevivieron a la marcha de aquella muerte invernal llegaron dos meses después. A la mayoría de ellos los mandaron a Dachau —sur de Alemania—, a otros tantos, a Mauthausen —norte de Austria— y el grupo restante, quizá con más suerte, permaneció en Viena para la fortificación de la ciudad. A los judíos que quedaron en Budapest los encerraron en un gueto. Entre diciembre de 1944 y finales de enero de 1945, la Cruz Flechada cogió a veinte mil judíos de ese gueto para fusilarlos a lo largo de las

orillas del Danubio. En ese gueto se encontraba la familia de mi abuelo, quien contempló la matanza agazapado entre las plantas. Tuvo la habilidad de escaparse. Con solo doce años vio su familia desvestirse, descalzarse y morir a quemarropa. Todos los cuerpos cayeron al agua para no tener que ser enterrados.

Capítulo 2. Nak, Nek

Y la vida venció a la muerte...

Las preposiciones son resortes que sirven para enlazar dos palabras u oraciones y expresar la relación entre ellas. Nunca aparecen de forma aislada, siempre preceden a un sintagma nominal para convertirlo en preposicional, como el ser humano entre la vida y la muerte.

En Hungría se hace todo al revés, o quizá sean los demás los que se empeñan en darle la vuelta a las cosas. Nadie lo puede saber. Los apellidos preceden al nombre, las fechas empiezan por el año, las preposiciones se hacen llamar posposiciones al ir detrás de los sustantivos, una conversión que puede que tenga relación con el rastro que dejaron los turcos, los romanos o los germánicos que habitaron nuestras calles en tiempos pasados.

No me gusta la letra ö porque me recuerda a la ocupación otomana. Los turcos fueron unos verdaderos bárbaros, según cuenta la leyenda. Primero te cortaban la cabeza y después te preguntaban. Quiero pensar que en esos tiempos la gente era distinta. Había guerras por todos lados. Los soldados no conversaban, solo ejecutaban. Las relaciones de poder se basaban en el vínculo

de fuerza establecido en la batalla, aunque las cosas no han cambiado tanto. Los sistemas políticos siguen siendo el producto de guerras pretéritas y amenazas venideras. La proeza de la humanidad sigue y seguirá forjándose a sangre y a fuego, tal y como me decía siempre mi abuelo.

Mi madre solía tararear una canción popular que se le cantaba a los niños, aunque no se le escapaban los detalles que evidenciaban que la vida había cambiado a su alrededor, no todo lo deseado, pero había cambiado. Esa canción hablaba de un insecto al que se le pide que se vaya volando para librarse de los turcos. «Bárbaros que te tiran a un pozo y que te ponen la cabeza debajo de las ruedas para volarte los sesos», dice la canción. Las canciones de la infancia húngara de antaño encierran mensajes bien claros, sin rodeos. Los húngaros llevamos más de tres siglos cantando melodías similares a esas. El pueblo turco dejó muchas huellas en mi tierra y, entre ellas, la dichosa letra ö.

El uso de las palabras en España es anárquico, sin embargo, en Hungría es riguroso, a pesar de que las tonalidades y los sonidos son bastante más complejos. Cuando decidí marcharme de Hungría lo hice con la idea de no someterme a nada. Estaba abierta a ver semejanzas donde los demás ven diferencias, a probar, a equivocarme, a sentir la fuerza indómita que solo se siente en la ingenua y crédula juventud. La rigidez a la que estaba acostumbrada me empujaba a tomar mis propias decisiones, a elegir entre preposicionar o posposicionar, a actuar sin ataduras ni juicios de por medio. De ahí mi tendencia a crear mi propio idioma interno. Un dialecto a caballo entre el húngaro y el español.

Y de nuevo salíamos de un espacio complicado para meternos en otro aún peor. Del Hospital a la «mento», que significa ambulancia en húngaro sin la doble tilde de rigor. Apodo que yo misma inventé.

Gabriel salía enfadado, como de costumbre. Le tenía aprecio, a pesar de no merecerlo del todo. Cuando me tocaba compartir turno con él no segregaba más bilis de la cuenta, algo que, sin embargo, sí experimentaba cuando tenía que compartir jornada laboral con otras personas. Era tosco en las formas, aunque no se percibía maldad en sus intenciones.

Para ejercer la medicina hay que ser médico y Gabriel fingía no serlo. Da igual si trabajas en un hospital, en un centro de salud o en una ambulancia. No importa si tu expediente académico es brillante, si perteneces a un centro público o privado, o la especialidad que hayas elegido. Tienes que llevarlo escrito, firmado y sellado en tu partida de nacimiento. Los sanitarios de servicios de emergencias experimentan más problemas de salud que otros profesionales del ámbito sanitario y Gabriel era uno de los sujetos de la muestra que corroboraba esa máxima de literatura biomédica. Se montaba cada día en una flota hundida en el fondo del mar que lo recogía para esclavizarlo. No vivía su profesión con la pasión desmedida de un alpinista, un fotógrafo o un actor novel. La sobrellevaba, simplemente.

La labor sanitaria está orientada a cuidar la salud del paciente, a mantener su calidad de vida y a algo de lo que algunos se olvidan: debemos acompañar al enfermo en su tránsito final con voluntad de servicio, y no hablo de un «servir» cualquiera, sino del «servir alegre» del que hablaba el filósofo y escritor indio Rabindranath Tagore. El acto de servir a los demás desde el más puro de los sentimientos. Los pacientes tienen la capacidad de despertar al filósofo que todos llevamos dentro, de eso no me cabe duda, solo hay que dejar de identificarlos con un simple conjunto de órganos o sistemas que a veces fallan para reconocerlos como semejantes que sufren. El alcance de esta profesión va mucho más allá de la curación. La fusión entre la sensibilidad humana y el conocimiento científico nos permite paliar el dolor

físico y emocional de nuestros pacientes con una fuerza tal que, a veces, lo conseguimos con nuestra simple presencia. Curar con actitud, con escucha, utilizando el tacto, la autenticidad, el entusiasmo. Estrategias con un alto poder de persuasión clínica. Los fármacos del alma. Solo un ser humano puede ser un buen sanitario, no basta con «ser», a secas. Necesitamos estar dotados de un humanismo que nos abastezca de virtudes y valores esenciales para realizar nuestro trabajo, algo que simplifica la misión a la que nos hemos comprometido y que solo habita con la naturalidad más pura en muy pocas personas. A veces pienso que deberíamos pasar una evaluación de mínimos cada cierto tiempo para revisar nuestro equilibrio emocional y el nivel de compromiso al que hago referencia. El trabajo al que nos dedicamos y nuestra vida personal no deberían funcionar como esferas separadas, están relacionadas entre sí, y nuestra adaptación al medio depende del equilibrio que hay entre ambas.

Hay diferentes tipos de ambulancias y llevaba un tiempo trabajando en las de soporte vital medicalizadas, vulgarmente conocidas como Uvis móviles, las «mentos» más expuestas a las pérdidas. Convivir con el sufrimiento a diario puede generar estrés emocional. Ese quebranto puede tener implicaciones directas sobre nuestra vida profesional y personal, y en Gabriel estaba haciendo mella. Un ser desprovisto de estrategias de afrontamiento tras vivir una situación traumática. Un ser a veces ajeno a la responsabilidad que tenía entre sus manos.

Nunca fui de mucho hablar y, para compensar, escribía. A veces me entretenía en el absurdo juego de encontrar similitudes entre las personas y los animales. Yo misma me identifico con los búhos. Seres observadores, analíticos, más tímidos de la cuenta, intuitivos, misteriosos y libres. En el orden encuentro la armonía y mi tendencia a vivir sin la constante necesidad de poseer algo